

LIBRO II

SUEÑOS DE AMOR Y FORTUNA

I

PARA VERDADES... MADRID

Días, semanas, meses transcurrieron, sin que Guillermo, establecido de nuevo en su preciosa casa de Madrid y rodeado de apremiantes quehaceres y obligaciones, recibiera contestación ni noticia alguna de *la Pródiga*; y como, por otra parte, no había vuelto á presentársele ocasión en que hablar de ella, ni de aquel viaje, ni de las elecciones, ni de nada íntimo y amistoso con los aprovechados y olvidadizos Enrique y Miguel, únicas personas en que hubiera podido hallar eco tan rara historia, llegaban momentos en que al generoso amator le parecía un sueño todo lo relativo al *Cortijo del Abencerraje*, ó bien que aquel vallecillo y sus moradores habían dejado de pertenecer al mundo, como dejan de pertenecerle los pueblos que suprimió un temblor de tierra.

Porque tal es y ha sido siempre la realidad... madrileña de las cosas. En el andén mismo de la estación del Mediodía, y hasta creemos que sin decirse "*adiós, ¡que descanses!*" (tanta prisa tenían de dejarse abrazar por

sus respectivos clientes y admiradores), disolvieron de hecho los tres amigos la sociedad ó especie de familia que habían formado durante las faenas electorales, y cada cual se dirigió, no sólo á su particular domicilio, sino á círculos y tertulias diferentes, á fin de ostentar, íntegra é indivisible, su autonomía de triunfador, y no tener que compartir con *nadie* los laureles de la victoria...

Este *nadie*, en puridad de verdad, era Guillermo, general en jefe de toda la campaña, y á quien además se debía el apoyo eficaz y decisivo de la heroica Julia... Por consiguiente, él fué también el único perjudicado ó amargado por aquel tácito corte de cuentas en que el egoísmo, la ambición y la petulancia se sobrepusieron á la amistad y la gratitud... Pero no se trata aquí de analizar tales primores cortesanos, sino de indicar pura y simplemente que los antiguos camaradas de expedición sólo se veían ya en el Congreso, entre el calor y bullicio de las pasiones políticas ó de sus miras propias, y que, por tanto, no habían vuelto á tener coyuntura, ni tiempo, ni quién sabe si voluntad... (cuando menos Miguel y Enrique) de hablar de su famoso viaje ni de ninguna de sus incidencias...

Enrique, sobre todo, esquivaba á Guillermo y había aguardado á que eligiese asiento en el salón de sesiones para sentarse él en distinto banco, que, por casualidad sin duda, vino á ser el mismo en que figuraban los personajes más caracterizados y bullidores de la *fracción disidente del partido imperante*, á la cual ambos y Miguel pertenecían... Miguel, menos emprendedor y ambicioso, pero también *fresco* de alma, que es algo peor que *frío*, se dejó remolcar por Enrique, y sentóse á su lado, no sin procurar simultáneamente cumplir también con

Guillermo, dirigiéndole desde allí, como á traición, *expresivas* miradas y sonrisas, que maldito lo que expresaban ni podían expresar, pero que al cabo eran vergonzante tributo de la debilidad á la fortaleza, ó cínica mofa que hacía de sí mismo el desagradecimiento.

Con todas estas pequeñeces punzantes y amargas, con su natural hipocondriaco y con aquella amorosa pasión, *incomunicada* días y días en la cárcel de su cerebro, el insigne Guillermo de Loja, de quien tantos prodigios parlamentarios esperaban cuantos le habían oído hablar en el Ateneo, en el foro, en círculos políticos y en su cátedra de la Escuela de Ingenieros, dejó transcurrir la discusión de actas y parte de la del Mensaje sin decir esta boca es mía. Tétrico, pensativo y como clavado en su asiento, parecía extraño á los cabildeos en que Enrique iba captándose amistades, reputación é influencia, sabiamente administradas por Miguel. Ello fué que acabaron por tenerle en poco los mismos que habían soñado ser *algo* poniéndose á sus órdenes en el Congreso ó en la imprenta...

—¡No es la primera vez—decían aquellas gentes— que estos sabios tan palabreros y atrevidos en cafés y tertulias, y que traen reputación de oradores forenses, científicos ó literarios, se quedan mudos en el Parlamento!... ¡Podemos rezar un responso al porvenir político de Guillermo de Loja! En cambio, ese diablo de Enrique, adocenado jurisconsulto ayer, irá muy lejos... ¡Si llegan á hacerse las paces entre la *disidencia* y la mayoría del Gabinete, de seguro será nombrado Ministro de Fomento! ¡Su discurso sobre la Enseñanza ha impresionado algo al Presidente del Consejo de Ministros!

Aquel discurso se lo había oído Enrique á Guillermo, precisamente el día en que, á caballo y entre escopetazos y cohetes, penetraron, llenos de júbilo y de ilusiones, en el vallecillo del *Abencerraje*... Escuchólo, pues, nuestro amigo sonriendo irónicamente, sin descender siquiera á darse por entendido de los guiños y señas que le hacía Miguel desde su banco..., y siguió acariciando su constante idea de abandonar la diputación, la política y á Madrid, é irse á pasar el resto de sus días al *Cortijo del Abencerraje*, bajo el título que á Julia le pluguere conferirle, aunque sólo fuera el de huésped de la última choza de pastores de la comarca, con tal que le dejase ver, siquiera á lo lejos, á la reina y señora de su albedrío.

II

UNA SESIÓN DE CORTES

Así las cosas, el 16 de Diciembre ventilóse en la Cámara la grave cuestión, eminentemente política, en que principalmente disentían el Ministerio y sus correligionarios...

El caudillo de la disidencia acababa de quemar el último cartucho sin conseguir ventaja alguna sobre el Ministro de la Gobernación, quien, más elocuente que nunca en tan crítico lance, casi había arrancado ya su bandera al enemigo y proclamaba, entre los aplausos de unos y el estupor de otros, que desde aquel día los disidentes estaban obligados á apoyarle ó á renegar de su historia...

La emoción del Congreso era inmensa; indudable el

triunfo de los dos ó tres Ministros amenazados de muerte hasta aquel momento, según opinión general; espantoso el pánico de los ilustres vecinos de asiento de Miguel y Enrique, y cómica á sumo grado la ansiedad con que este último, conocedor muy á fondo de las especiales condiciones tribunicias de Guillermo, se volvía hacia él, como excitándole á que salvara á los disidentes, pronunciando al efecto uno de aquellos fulminantes discursos que tantas veces le había oído en extracto, y que el infeliz vividor no se atrevía á plagiar ó desenvolver en circunstancias tan solemnes...

Guillermo pidió la palabra; y, no obstante lo mucho que había bajado su papel desde que llegó al Congreso, ó tal vez por lo mismo que estaba ya en tela de juicio su aptitud para las lides políticas, la expectación general fué muy profunda...

Un minuto después era dueño de la Cámara: al cabo de media hora el Ministro de la Gobernación se revolcaba en el polvo de sus mejores argumentos, mientras que los antes desbaratados disidentes, incluso Enrique y Miguel, levantaban la cabeza como diciendo: "¡Así somos nosotros!"

Aplaudían á rabiarse las tribunas, comenzando por la de señoras, donde no se admiraba menos la gallardía varonil del orador que su arrebatadora elocuencia, y aplaudían también las oposiciones sistemáticas ó radicales, no sólo haciendo justicia á aquel nuevo atleta del Parlamento, sino en odio á los dos ó tres Ministros que agonizaban ya en el banco azul.

El mismo Presidente del Consejo de Ministros hacía algunas señales involuntarias de conformidad con las

ideas de Guillermo, y la palabra *crisis parcial* circulaba por todos los labios antes de que nuestro joven hubiese terminado aquel discurso vehementísimo, lógico y conmovedor á un propio tiempo, en que no se sabía qué admirar más, si la solidez del raciocinio, la arrogancia del tono, la atinada invocación de hechos y preceptos, y las saludables y profundas doctrinas que sustentaba, ó la energía de la frase, el primor del estilo, y la novedad y atrevimiento de las figuras retóricas...

Enrique fué el primero que trepó de banco en banco para ir á felicitarle tan luego como acabó de hablar.

Otros muchísimos diputados de varios colores pasaron también á saludarlo á su asiento...

Suspendióse, en fin, la sesión por algunos minutos..., lo cual es el colmo de la gloria parlamentaria.

Los Ministros abandonaron el salón, peleándose, y se encerraron en el despacho común que allí tienen, á fin de celebrar un rápido consejo, y ver *cómo se contestaba á aquel hombre...*

Miguel fué el último que se acercó á Guillermo, echándola de enemigo de apreturas; y, así que le hubo abrazado con cierta superioridad de lego voluntario, díjole, entre algunos guiños de afectada complicitad:

—¡Aprobado, y á otra! ¡Has matado á ese necio de Enrique!... ¡Antes de ocho días serás Ministro de Fomento, que era el puesto codiciado por él!

De vuelta el Ministerio, en el banco azul, continuó el debate; pero, en vez de hablar el anonadado Ministro de la Gobernación ú otro de los de su matiz político, habló el Presidente del Consejo, y lo hizo en términos tan suaves y conciliadores, y tributando tantas alabanzas "*al Cid*

de la tribuna, que acababa de hacer sus primeras armas" (fueron sus expresiones), que todo el mundo dió por terminada la disidencia y por planteada una crisis parcial, en que Guillermo no dejaría de ser llamado á formar parte del Gabinete...

Y, con esto, se levantó la sesión.

III

SEGUNDA CARTA DE GUILLERMO Á JULIA

Dicho se está que aquella noche no se cupo de pie en casa de nuestro amigo... Diputados, senadores, ingenieros, abogados, artistas, pretendientes, quinientas personas fueron á estrechar su mano, y entre ellas figuraron constantemente, echándola de familia ó familiares del triunfador, cuyos padres y hermanos residían en Murcia, los famosos Miguel y Enrique.

—¿Y Julia?—le preguntaron los dos por separado.— ¡Nada nos has dicho de ella desde que vinimos!... ¡Hermosa mujer! Y ¡qué carácter! ¡Qué talento!... ¿Te escribe?

Guillermo se encogió de hombros, y contestó á ambos de igual manera:

—¡Eh!... ¿Quién piensa ya en eso?

—Es decir... que la has olvidado...

—¡Completamente!

—Pues mira, chico: has hecho muy bien... Porque, en medio de todo...

Pero Guillermo les volvió respectivamente la espalda

cuando iban á esta altura en sus reflexiones, y se puso á hablar de política con el primero que halló á mano.

Dejéronle, finalmente, hasta sus verdaderos amigos ingenieros de su promoción, camaradas de universidad, pintores distinguidos, etcétera, etc., á los cuales retuvo una hora más que á los políticos, por disfrutar á sus anchas de fraternales y desinteresadas enhorabuenas; y cuando, á la una de la noche, se quedó solo, cogió pluma, papel y tintero, y escribió la siguiente carta á Julia:

"Inolvidable y adorada amiga:

"Dentro de tres días es SAN JULIO; y, aunque todavía no ha contestado usted á mi carta de hace dos meses, ni quizás estime que ha pasado bastante tiempo para que yo pueda dar cuenta del estado *definitivo* de mi corazón, me atrevo á dirigir á usted estos renglones para felicitarla en sus días, sin esperanza alguna, es muy cierto, de que mi cariñoso y humilde saludo le lleve tal felicidad; pero también sin temor de que le estorbe ó desagrade saber que hay en el mundo un hombre que la recuerda y la idolatra y hace votos porque sea usted tan dichosa como él continúa siendo desgraciado...

"¡Muy desgraciado soy, en efecto, amiga mía! No ciertamente por obstinada connivencia de mi voluntad con mi pasión, pues bien sabe el cielo que batallo lealmente conmigo mismo, teniendo en más la ventura de usted, ó sea sus escrúpulos y recelos sobre el último resultado de cualquiera alianza nuestra, que la inefable dicha por mí deseada, y sobre cuya solidez y duración ninguna duda cabe en mi amante pecho. Batallo, sí, por refrenar mi amor, en obediencia á los deseos de usted; que obe-

decer es amar, según ya dijo alguien que, por lo visto, sabía cifrar su gloria en padecer por el bien amado... Pero toda batalla es inútil; ¡la victoria por mí alcanzada hasta hoy, de haber pasado dos meses y medio sin ver á usted, sin volar á su lado, sin arrojarle á sus plantas pidiéndole la muerte ó la vida, podrá redundar en provecho ó descanso de la insensible diosa que no me ama, mas no en felicidad ni quietud de este corazón que es todo suyo y que no concibe otro bien ni otro consuelo que poseer su amor y su hermosura!

”¡Quietud! ¡Felicidad!... ¿Cómo hallarlas, cuando á todas horas en el bulicio de la corte, en medio de las agitaciones políticas, en los combates mismos de la ambición, estoy viendo el solitario y escondido valle donde, maltratada por el destino, y triste y sin esperanzas, se sobrevive á sí misma la mujer más bella del mundo, para quien los divinos encantos del cuerpo son ya mortaja de sus ilusiones, y la actividad de su gracia y de su inteligencia buitre feroz que le roe las entrañas en la desierta roca á que la ató la desventura? ¿Cómo dejar de amar á usted, la más generosa y sincera de las mujeres, la que siempre amó, la que amó mucho, pero con desinterés y nobleza, y aun conserva tesoros de amor en su alma, como la pecadora que enjugaba con sus cabellos los ungidos pies de Jesús, yo que, en estas lúgubres y perdurables noches de invierno, me la imagino desvelada y sola dentro de ese viejo caserón, perdido en la lóbreguez de un despoblado, pensando en este brillante mundo que la olvidó tan pronto, y no oyendo más respuesta á los suspiros de su angustia que la voz de los enemigos vientos, cuyos largos aullidos de cólera y amenaza parecen ir y venir de acá para allá,

renovando antiguos rencores y diciendo que la anulación de usted será eterna? ¿Cómo? ¿Cómo olvidar á la egregia desterrada? ¿Cómo no tener á gloria poder dar un mentís á su destino, y redimirla y hacerla dichosa, ó acompañarla cuando menos en su infortunio?

”¿Ni qué me ofrecen el mundo y la vida, para que yo pudiera olvidar á usted, ó renunciar al empeño de vivir y morir á su lado? ¿Qué es esta decantada existencia de la corte, con todos los halagos que pueda apetecer la soberbia, con todos los laureles que pueda soñar la ambición, sino campo de batalla en que nunca termina la refriega, en que no basta triunfar para ser dichoso, en que cada victoria aumenta el número de los enemigos, y donde es necesario luchar todos los días, hasta en los de la cansada vejez, so pena de morir menguadamente á manos del más cobarde y menos digno?

”¿Qué satisfacción ni qué ventura puede hallar un alma como la mía, toda amor y desconfianza, toda orgullo de su propia ternura, en esta gran contratación madrileña, en esta puja de desalmados ambiciosos, donde sólo se rinde culto al que se teme ó al que se necesita, donde nadie levanta al que cae, donde, cuando menos, hay que divertir á la gente para ser persona, donde el dinero puede suplir por toda especie de cualidades, y donde el número de los medianos es árbitro de la gloria de los superiores?

”No: yo no he nacido para odiar ni ser odiado, ni para disputar á nadie su bien ó su deseo, ni para mentir respetos ó adhesiones, ni para ufanarme con títulos que ha llevado cualquiera. Dejemos, pues, aparte, entre los atractivos que pudieran impedirme abandonar por siem-

pre la corte, lo que algunos llaman *mi porvenir...*, y digamos algo de *mi presente*; esto es, no hablemos del hombre público y estudiemos al hombre privado.

"Julia: nada hay en el mundo, en el orden de los afectos íntimos, que pueda retraerme de consagrar á usted toda la vida. Estoy sistemáticamente alejado de mi casa paterna por no ver á otra mujer en el puesto que ocupó mi difunta madre, ni disputar á mis hermanastros el cariño ó las atenciones del autor de mis días. No tengo amores: los he tenido: no han bastado á mi felicidad. Conociendo profundamente mi carácter, me espanta la idea de constituir casa y familia en la corte... ¡Digo más: asústame la idea de tener hijos en estos tiempos de relajación social y doméstica! ¡Los querría demasiado..., y tal vez me costarían la vida, ó yo me arrepentiría de mi propia obra!... En suma: no soy yo, aunque tan joven, un sér lleno de ilusiones y esperanzas que mire hacia el *porvenir*, ni tan siquiera en el camino de su vida individual ó privada... Heme sentado á la edad que tengo, y no quiero andar más.

"En tal situación de ánimo, la casualidad me ha hecho encontrar á usted, parada también en el desierto de la existencia, sin fuerzas para seguir, sin valor para desearlo, sobreviviéndose, como yo me sobrevivo... Por eso me pongo á su lado, diciéndole: "Esperemos juntos nuestro último día. El cansancio de su corazón de usted no llega ni con mucho al de mi alma. He pensado, he leído, he visto, he analizado tanto en el mundo real y en el mundo moral, en la sociedad y en mi espíritu, en la ciencia y en el arte, que no aspiro á más gloria que á morir abrazado á la eterna belleza, personificada en usted, ó, cuando me-

nos, adorándola de rodillas y dando vida y alma por ahorrarle la más leve pena."

"Ya ve usted, mi querida Julia, que no adelanto gran cosa en mi curación... Ruégole, pues, que no desdeñe tormentos tan efectivos y amargos como éstos que me hace pasar, y que me escriba, siquiera una vez, diciéndome que, por término de ellos, encontraré amparo en su corazón si llegan á faltarme del todo las fuerzas y me presento ahí cuando menos se lo figure... Entretanto, acoja usted con afabilidad en sus días, se lo suplico de nuevo, todo el amor y la adoración que caben en el alma de su apasionado

"GUILLERMO DE LOJA.

"Madrid, á tres de la madrugada del 17 de Diciembre de..."

IV

EN EL FONDO DEL ALMA

La puntual designación de día y hora que iba al pie de esta endiablada carta, resumía y daba á entender muchas cosas que en ella no había mencionado Guillermo, y que Julia no podría acaso comprender por entonces. Aquella minuciosa fecha quería decir, para la conciencia del embrollado joven, y tal vez le serviría para *probar* con el tiempo á su misma adorada, que *pocas horas después de un inmenso triunfo parlamentario, cuando el templo de la inmortalidad abría sus doradas puertas al ya casi Ministro, éste se había ratificado en su actitud y*

amantes protestas de 1.º y 20 de Octubre..., lo cual demostraría en cualquier caso la grandeza y heroísmo de su pasión, etc., etc.

Disculpa merece tal debilidad en quien tantas otras había cometido y tenía que cometer como resultado de la dolencia moral que le aquejaba, y que es común á todos los hombres de genio, en el tránsito de la juventud á la virilidad. Muchos deciden del resto de su vida—por el suicidio, por extravagantes y perniciosos casamientos, ó por un anticipado retiro á la vida campestre—durante ese crítico período de pesimismo, desfallecimiento y misantropía, basados en ilusiones ópticas de la imaginación... De consiguiente, no fué cosa inexplicable que nuestro orador, después de haber tenido la magnanimidad relativa y el buen gusto amoroso *de no referir* á Julia su gran victoria de aquella tarde, escribiera tal fecha con el propósito semiinconsciente de invocarla y utilizarla algún día...

Y ya que tenemos en la mano el microscopio, advertiremos también que el mero hecho de escribir aquella desesperada carta puso de muy buen humor á Guillermo, cual si, jugando el todo por el todo, se hubiese quitado un gran peso de encima... Porque la verdad era que, á vuelta de tantas concesiones y promesas como otorgaba á Julia, establecía ya una especie de *condición* para realizar su *amenaza* de volver al *Cortijo del Abencerraje*, en cuanto pedía á la *Pródiga* que *le escribiese ella antes*, diciéndole que sería bien acogido...; lo cual dejaba al candidato para Ministro en situación más libre y desembarazada (moralmente), suponiendo que la animosa proscrita no contestase tampoco á aquella segunda carta... Iría en-

tonces ó dejaría de ir al tal cortijo, *según que se lo exigiese su propio corazón* en la nueva vida que le llamaba con seductores encantos; pero no ya por resultas del generoso y absoluto compromiso contraído en Octubre, ¡tanto más de obligar, cuanto que no había sido impuesto ni aceptado por aquella desgraciada mujer!

Sin darse razón clara de su habilidoso egoísmo (pues en aquel entonces no era muy lucido que digamos para discernir y aquilatar afectos), escribió Guillermo de Loja (y complacióse luego en haber escrito) tan estratégica y fina carta, como tampoco tuvo conciencia de sus verdaderas emociones al expresar en frases tan acerbas y rudas el odio y el desprecio que sentía hacia las glorias políticas y cortesanas, precisamente en el punto y hora que ya no pensaba de aquella manera, sino que estaba muy regocijado y satisfecho, en el fondo de su alma, de los aplausos y pronósticos del día... Se ha dicho, y nada hay más cierto, que el mejor modo de desechar una idea triste es escribirla, pintarla, *monumentalizarla* en cualquier forma; y esto había hecho instintivamente el joven, al vaciar sobre un pliego de papel *todo el horror de su hipocondría* respecto de las vanidades y dulces mentiras madrileñas, tan luego como halló *incómodo aquel tedio* y *deseó no sentirlo*...

Pero dejemos ya dormir al ilustre orador, no sin reparar, al tiempo de marcharnos, en su última flaqueza de aquella noche, que fué preguntarse con mucha reserva, dentro ya de la cama, si Julia estaría suscrita á algún periódico en que pudiese leer el pícaro discurso... y enterarse del maravilloso efecto que había causado y podía causar...

¡No hay como ser hombre, por mucho talento que se tenga, para incurrir en estas debilidades y procurar engañarse á sí propio!

V

METAMORFOSIS

Desde el día siguiente cambió por completo la vida exterior del misántropo que tan desconsoladora carta acababa de echar al correo, certificada y todo. Aquel invierno no había *hombre de moda* en Madrid, y lo fué él. Las damas aristocráticas que le habían oído y *visto* pronunciar su gran discurso desde las tribunas presidencial y diplomática del Congreso, tuvieron el antojo de lucirlo en sus salones, en su mesa, en sus palcos, y aun dicen que alguna deseó también oírle hablar á solas, en perfumado camarín, de aquellas cosas tan varoniles y enérgicas que había dicho al Ministro de la Gobernación.

Estos repentinos hombres ilustres de la clase media, ricos todavía de savia natural, y pulimentados hasta cierto punto á fuerza de estudio y de talento, suelen ser muy del agrado de las patricias, que ya están hartas del estilo y modales parisienses, comunes á sus exquisitos, macilentos y burlones primos ó pares, todos cortados por la misma irreprochable tijera... Justificado, pues, con la gloria recién alcanzada en las Cortes el ingreso de nuestro impetuoso amigo en la aristocracia, agasajáronle igualmente las severas y altivas ricas hembras incapaces de claudicar, que las de menos rigurosa y dura condición, compla-

ciéndose todas, en la esfera de sus gustos, de intimar con hombre tan distinguido, é imponiendo fácilmente la amistad y el trato del laureado plebeyo á los próceres de su casa ó tertulia, con especialidad á los maridos estudiosos.

Por otra parte, la gente política no lo dejaba á sol ni á sombra. Conferencias, almuerzos, comidas, juntas, proyectos de fundación de periódicos, planes de obras públicas para cuando ocupase la poltrona de Fomento, programas políticos, candidatura para directores y hasta para secretario particular suyo, ¡qué sé yo cuántas cosas absorbían el tiempo, la atención y la bilis del joven necesario—el cual ya no era ni ingeniero, ni abogado, ni pintor, ni bilioso; sino político, diputado, orador, futuro ministro y hombre tan confiado y optimista, que hasta con Enrique y Miguel había vuelto á ser expansivo y afable!

Así pasaron días y días, y hasta semanas y semanas, sin que se resolviera ni planteara formalmente la crisis y sin que le contestase *la Pródiga*.

—¡Extraña y valerosa mujer!—solía pensar Guillermo algunas noches al tiempo de acostarse.—¡Indudablemente, su silencio revela amor y compasión, como su digna actitud de aquella noche! Que han llegado á su poder mis cartas es seguro, puesto que en el correo he visto devueltos, y firmados por ella, los sobres certificados... ¿Si estará mala? ¡Oh!... no... ¡No quiero creerlo!... Y, de todos modos, ¿qué puedo hacer para tener noticias tuyas? ¿A quién le escribo? Ni Antonio ni su hijo sabrán leer... ¿Al Secretario de marras?... ¡Qué ignominia! ¡Qué escándalo! ¡Ah! ¡Pobre Julia! ¡Y pobre de mí, amarrado á esta corte por compromisos políticos de que ningún hombre de honor puede desatenderse! Decididamen-

te, entre nosotros media un abismo..., ¡el abismo de su larga historia! ¡Con qué horror y espanto oyó la otra noche pronunciar su nombre aquella Duquesa anciana, á quien me atreví á preguntar *quién era Julia de ****, ó por mejor decir, *quién había sido...*; pues afortunadamente fingí creer que ya no existía! Debo, sin embargo, tener presente que la tal Duquesa es la propia efigie de la austeridad y la intolerancia... ¡Yo seguiré inquiriendo, hasta dar con una persona razonable que sepa y me cuente la verdadera historia de mi triste amiga! ¡Oh! ¡Cuán fuera de propósito se dijo sobre el sepulcro de una esposa y madre:

“¡Muera más bien que envejecer la hermosa!”

¡Para ti, Julia mía, debió escribirse este verso; para ti y para todas las beldades que pasan el cenit de la edad sin tener hijos, ni tan siquiera esposo que desde la juventud las haya acompañado por el sendero de la vida! Pero ¿qué hablo? ¡Yo no quiero que muera Julia!... Yo la adoro... Yo he de ir á buscarla... ¡Yo lo deseo, por lo menos, con el propio afán que antes de pronunciar mi discurso!

De tan literario modo iba *monumentalizando* Guillermo su fidelidad á *la Pródiga* (como ya hizo otra noche con su propia melancolía), á fin de aliviarse poco á poco de un peso que gravitaba sobre su conciencia no menos que sobre su corazón, y con todo ello, sentíase más libre y desembarazado en los brillantes salones de la Grandeza, donde hacía ya algunas semanas que cierta Marquesita de veinte años...

Pero este pormenor merece párrafo aparte.

VI

PURA

Desde que, á principios de Enero, comenzaron los grandes bailes de la aristocracia, notóse que una linda joven, llamada Pura, hija única de los Marqueses de Pinto, Grandes de España de primera clase y ricos de tercera ó cuarta (pues que sólo tenían quince mil duros de renta, cuando muchos de sus amigos ó parientes gastaban doble suma en las dos ó tres fiestas que daban al año), dirigía miradas muy sentimentales y dulces, con sus aterciopelados y grandes ojos negros, al aplaudido y gentil legislador; le concedía cada noche dos ó tres valsos ó polkas (Guillermo bailaba divinamente, como cualquier simple mortal), y luego se iba, apoyada en su brazo, al *buffet*, hablando de pintura, música y escultura, en cuyas artes era muy entendida, por haber pasado algunos otoños en las capitales de Baviera y Sajonia...

De esta afición á discutir sobre obras artísticas nació precisamente la amistad de Guillermo con la erudita y elegante doncella, cerca de la cual comió cierta noche en casa de la anciana Duquesa intolerante, y á cuyos jóvenes, solemnes y taciturnos padres, sólo había sido presentado muy á la ligera. La muchacha, habladora y valiente de suyo, por más que se ruborizase algo siempre que mudaba de conversación, lo cual hacía con estudiada frecuencia, le preguntó, á propósito de la forma de un salero, si había estado en Munich y Dresde: de la contestación resultó que donde Guillermo había estado era en

Florenia y Roma: no conocía ella ni á Roma ni á Florenia, como no conocía él á Dresde ni á Munich; y sobre si tal museo era mejor ó peor que tal otro, y sobre si la *Madonna* H valía más ó menos que la *Madonna* B, tuvieron altercados, llegaron á transacciones, hicieron su respectiva profesión de fe en materias de sentimiento, de forma, de color, de libros, de telas y hasta de manjares; convinieron al fin en todo; miráronse mucho; se regalaron violetas y heliotropos del vecino *centro de mesa*, y quedaron apalabrados para el primer vals..., en el próximo baile de la Embajada de Francia.

Verdaderamente, Pura era lo que se llama un primor. Morena clara; algo descolorida, menos en los casos ya citados; de no pequeña estatura, aunque ni tan alta ni tan mujer como la *Pródiga*; delgada en apariencia, y esbelta y voluptuosa en realidad, por no sé qué tentadora hipocresía ó púdica reserva de sus juveniles perfecciones; igualmente disimulada en cuanto á carácter, pues que la melancolía romántica de su faz servía de máscara á cierto retozo burlón de la mente, manifiesto y claro á lo mejor en picarescas y graciosas sonrisas; demócrata, en fin, de gustos y aficiones, ó en sus caprichos efímeros, cuanto linajuda y retrógrada en sentimientos y creencias, la hija de los Marqueses de Pinto, y Marquesa ya ella de otro título que le habían cedido sus padres, ofrecía una curiosa amalgama de candor y sabiduría, de belleza y de ingenio, de recato y de travesura, muy á propósito para interesar á hombres de la imaginación y cavilosasidades de nuestro héroe.

Sin embargo: ni los encantos y afabilidades de la chica, ni las bromas con que empezaron á herirlo algunas

damas poco atendidas por él, ni el rumor, que tomó gran vuelo, de que el tribuno de la clase media podría llegar por tal camino á ser Grande de España y *ministra* de Fomento la Marquesita, fueron parte á que el altivo Guillermo perdiese la cabeza y acariciase formalmente la idea de semejante boda. Por el contrario: la consideración misma de que Pura pertenecía á la más alta nobleza, y de que, aun en el estado de decadencia de la casa de Pinto, todavía lo aventajaba mucho en maravedises (sin contar con lo que heredaría de una solterona, hermana de su abuela materna, que estaba, decían podrida de dinero), lo retrajo de dar entera importancia á lo que desde luego calificó de coqueteo inocente de una joven algo presumida, que gustaba de lucir sus conocimientos artísticos y de marear un poco al Hércules plebeyo, rey de la tribuna, infundiéndole aspiraciones temerarias...

Pero cata aquí que la sequedad y displicencia con que de pronto empezaron á tratarle los altaneros Marqueses, como dándose por entendidos y muy enojados del rumor público sobre tan desigual alianza, vinieron á complicar la situación, hiriendo profundamente el orgullo y la dignidad de Guillermo... Así se explica el que, por una parte, hubiese dejado ya de bailar con Pura y hasta de acercarse á ella, como no fuera para saludarla ceremoniosamente cuando la encontraba en tal ó cual salón, y el que, por otro lado, procurase encontrarla con mucha frecuencia, á fin de ostentar públicamente tan estirada y esquiva actitud; mortificar con ella á la amable joven; ver de hacerse dueño de su corazón; apenarla entonces con crueles desvíos, y castigar, por tal medio, la soberbia de los *tiranos padres*... ¡Ah! Nada hay más parecido al amor que el

despecho de la vanidad herida, y poco tuvo de particular el que se fuese trocando por momentos en afición á Pura el odio que Guillermo comenzó á sentir hacia los infatuosos Marqueses.

De un modo ó de otro, aquel plan, nada nuevo ni extraordinario, estaba ya produciendo aparentemente el resultado apetecido... Lánguida y triste, veía la linda joven acercarse á Guillermo, cuando éste, después de haber bailado y hablado con las que en otro tiempo desatendía, se dignaba, al cabo, ir á saludarla... Procuraba entonces retenerlo con mil preguntas, cual si le quisiera demostrar que los Marqueses no se oponían á que hablasen, ó que, pues á ella no le importaba nada el disenso paterno, tampoco debía importar le á él... Pero Guillermo volvía á saludarla de pronto, ceremoniosamente, y se iba, con el *claque* debajo del brazo, en busca del *écarté* ó del tresillo, dejándola allí más lánguida y triste que antes..., bien que algún malicioso hubiese podido vislumbrar á la postre en sus divinos labios no sé qué indefinible sonrisa...

¿Estaría la pícara segura de *triunfar*, ó sea de vencer á aquel gigante tan desdoso, postrándole á sus pies?

¡Quién sabe!

VII

IDILIO MADRILEÑO

Así las cosas, la noche del 20 de Febrero hubo un gran baile en casa de los opulentos Duques de Carmona... Estaban allí todas las personas distinguidas de la corte, ó sea todas las aristocracias, la heráldica, la política, la mili-

tar, la del saber, la del dinero, la de las letras y la de las artes, y, con ser tan espaciosos aquellos salones y galerías, no se cabía en ellos materialmente. Por fortuna, habíase improvisado un jardín artificial en el gran patio de la casa, cubierto de cristales y templado por multitud de caloríferos, y desde él se pasaba á las amplias estufas del verdadero jardín, todas ellas ricamente alfombradas y llenas de macetones con altos árboles exóticos... Discurrían, pues, por aquellos fantásticos vergeles en busca de aire y de libertad, muchas parejas, fingiéndose que andaban por el campo; y, como la iluminación estaba amortiguada y dispuesta de modo que imitase la plácida claridad de la luna, la ilusión de los paseantes era completa.

Cuando, en uno de los más atestados y calurosos salones del principal, fué Guillermo á saludar á la Marquesita, aseguróse ésta de que ni sus padres ni persona ninguna que la conociera ó tratara estaba al alcance de sus perspicaces ojos, y, en vez de contestar con meras palabras al saludo del gallardo ingeniero, levantóse resueltamente, se cogió de su brazo y le dijo con bien representada vehemencia:

—¡Sáqueme usted de aquí!... ¡Esto es ahogarse! ¡Lléveme á las galerías improvisadas en los invernaderos, que dicen están muy preciosas!... Allí podrá usted dejarme con cualquier persona conocida y marcharse, como otras noches, en busca de su adorado *écarté*...

Guillermo no pudo, ni, pudiendo, hubiera intentado eludir aquel compromiso. La soledad ó libertad resultante del mismo cúmulo de gente; la embriagadora atmósfera, cargada de aroma de violeta, que en el salón se respiraba; los hechizos de Pura, que, en noche tan so-